

Nacionalismo, Estado y nación

Fernando Vizcaíno

Introducción

En las últimas dos décadas, en las ciencias sociales ha disminuido el interés por el nacionalismo de Estado. En cambio, lo ha ganado el estudio del nacionalismo étnico y los movimientos por la autonomía o la secesión¹. En cierta forma ello se explica porque a nivel mundial la investigación está siendo atraída por la emergencia del movimiento social y político a favor de las minorías. A su vez, la pérdida de interés hacia el nacionalismo de Estado parece corresponder la merma de las capacidades del Estado y a la transferencia de parte de sus actividades a la sociedad civil y a la comunidad internacional.²

¹ El congreso Nacionalismo, Identidad y Derechos de las Minorías, uno de los encuentros importantes de los últimos años que ha convocado ha estudiosos del tema de todo el mundo, organizado por la Universidad de Bristol y realizado en esta ciudad en septiembre de 1999, reflejó la agenda reciente de investigación y el peso que la comunidad académica internacional está dando al nacionalismo de las minorías. De 210 ponencias, cuyos contenidos aparecen en *Nationalism, Identity and Minority Rights. Conference Abstracts* (Bristol: University of Bristol, 1999, 146 p.), el 50 por ciento se orientó hacia los asuntos de los nacionalismos étnicos y las identidades locales de casos específicos; el 40, a asuntos teóricos sobre el multiculturalismo, la ciudadanía diferenciada y la tolerancia; y el 10, a temas como los nacionalismos cívicos y de Estado, por ejemplo el nuevo nacionalismo de la reconciliación en Sud África, indispensable ante la persistencia del Afrikaner nationalism y el Black nationalism, y las campañas simbólicas en Alemania contra el racismo. Expresión de este panorama fueron las referencias frecuentes a WILL KYMLICKA y MICHAEL WALZER. Los “viejos autores” de la Nación Estado y el nacionalismo de Estado, como GELLNER y HOBBSBAWM, han perdido interés relativo en la agenda de discusión.

² No abundaré sobre la etnicidad ni sobre la transferencia de soberanía, en mi consideración asociadas a la globalización. Aunque la bibliografía es inmensa, algunas obras me parecen fundamentales para entender la etnicidad y los derechos de las minorías: de Smith, *Theories of Nationalism*, Holmes & Meier Publishers, New York, 1983; y *Nations and Nationalism in a Global Era*, Cornwall Polity Press, 1995; de TAYLOR, “La política del reconocimiento” en TAYLOR, CHARLES, et. al., *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993; de KYMLICKA, *Multicultural Citizenship*,

Para ese cambio de enfoque, tanto o más importante que la mengua de la soberanía y el resurgimiento de los movimientos por las minorías nacionales ha sido una concepción distinta del nacionalismo. Ésta considera principalmente no el Estado sino la nación, entendida como cultura. Al menos hasta los años setenta, predominó la idea de que la condición esencial del nacionalismo era el Estado. Gellner³ y Hobsbawm⁴, entre otros, difundieron esta tesis. Hablar de nacionalismo implicaba decir nacionalismo de Estado. A partir de finales de los setenta, en cambio, comenzó a ganar importancia la tesis según la cual la condición fundamental del nacionalismo era la nación⁵. Esta concepción transformó la teoría y aceptó la existencia de innumerables movimientos étnicos como movimientos nacionalistas. Ahí donde hay una nación, entendida ésta como pueblo o cultura, puede haber un nacionalismo, lo cual implica que las minorías tribales, regionales o religiosas han adquirido un carácter político y social muy distinto y, a su vez, que Europa ha dejado de ser el eje histórico del devenir del fenómeno.

El cambio de paradigma nos ha permitido estudiar el nacionalismo desde una perspectiva no eurocéntrica e incluir en la discusión el ascenso del nacionalismo de las minorías —cada vez más intenso y extenso. Sin embargo, el nuevo enfoque ha abandonado o descuidado ciertos temas y no ha logrado explicar suficientemente problemas del nacionalismo que se han vuelto más complejos en el contexto del Estado Multinacional y global.

La primera insuficiencia es que el enfoque del nacionalismo étnico, no obstante el avance que ha representado para las Ciencias Sociales, ha descuidado el estudio del nacionalismo de Estado. Del reconocimiento del nacionalismo de las minorías no se desprende que ha dejado de ser significativo esta forma del nacionalismo. La importancia del nacionalismo de Estado sigue siendo evidente en todo el mundo. En muchos países latinoamericanos, quizá a causa de la tradición autoritaria y centralista o por la pobreza de la provincia y de las minorías étnicas, el nacionalismo sigue siendo un instrumento casi exclusivo del Estado. En México, por ejemplo, no ha dejado de serlo, aunque se ha desfigurado y ha entrado en declive; tampoco ha surgido en el país algún tipo de nacionalismo étnico o regional que amenace la

Oxford University Press, Nueva York, 1995; y “Nacionalismo minoritario dentro de las democracias liberales” en GARCÍA, SOLEDAD y LUKES, STEVEN, compiladores, Ciudadanía: justicia social, identidad y participación, Siglo Veintiuno, Madrid, 1999. Sobre globalización y soberanía me he beneficiado de Rodrik, *Has Globalization gone too far?*, Washington, D.C.: Institute for International Economics, 1997; y de dos estudios de HELD: “Democracy, the Nation-State and the Global System” en HELD, DAVID, editor, *Political Theory Today*, Stanford, Stanford University Press, California, 1991, 197-235 p; y *Global Transformations*, Stanford, Stanford University Press, California, 1999.

³ GELLNER, ERNEST, *Naciones y nacionalismo*, Alianza Editorial, México, 1983.

⁴ HOBSBAWM, E., *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Editorial Crítica, Barcelona, 1991.

⁵ En esto me parece fundacional la obra de SMITH *Theories of Nationalism*, op. cit.

integridad del Estado. Sociológica o políticamente la referencia al nacionalismo implica al gobierno central. Es cierto que en España o Canadá, por citar otros ejemplos representativos, el nacionalismo se asocia menos al gobierno central y más a los movimientos autonomistas de regiones como Quebec, el País Vasco o Cataluña. Pero que impere el nacionalismo de las minorías nacionales y, acorde con ello, un enfoque académico que dé cuenta de ello, no es suficiente motivo para suponer que el nacionalismo de Estado, del Estado Español o de la Federación Canadiense, ha dejado de ser significativo para la conservación de la unidad política y cultural. Por el contrario, este nacionalismo parece necesario cuando hay que organizar la diversidad, reconocer la pluralidad y conservar alguna forma de identidad compartida⁶.

Por otra parte, el nuevo enfoque limita el análisis a las minorías en tanto constituyen un movimiento en tensión con en Estado, pero rara vez reconoce –salvo en los casos evidentes históricamente– que éstas se sirven del nacionalismo porque implícita o explícitamente buscan, al final, la forma del Estado. Las minorías nacionales luchan contra el Estado central porque persiguen, precisamente, construir una forma autónoma de gobierno y, de ser posible, constituirse en Estado.

El propósito de este artículo es desarrollar un concepto de nacionalismo que reconozca, por una parte, la nación (en el sentido de cultura) y, por otra, el Estado; en otras palabras, que nos permita explicar tanto el nacionalismo de las minorías como el nacionalismo de Estado, así como la relación entre uno y otro.

Mi argumento central es que hablamos del mismo fenómeno, pero en diversas fases: desde el nacionalismo de los grupos nacionales que carecen de Estado o aspiran a constituirse en Estados, hasta el nacionalismo de los Estados consolidados. Esta idea supone que toda cultura o nación busca, en el corto o en el largo plazo, implícita o explícitamente, constituirse en Estado o en alguna forma preestatal de gobierno; implica, también, que el Estado tiene como una de sus funciones el nacionalismo porque necesita favorecer la gobernabilidad, el entendimiento, la unidad y los símbolos de la identidad compartida entre los miembros de la comunidad política de acuerdo a los intereses del grupo en el poder.

Aunque mis explicaciones pretender ser generales, regularmente pienso en México. Unas veces el nacionalismo mexicano sirve para ilustrar la teoría y, otras, para construir ideas con algún grado de abstracción. Así, he organizado la exposición como un vaivén entre elucidaciones generales y ejemplos históricos.

⁶ La insistencia en no olvidar el nacionalismo de Estado en los países donde predominan los nacionalismos regionales, la debo a ISIDRO SEPÚLVEDA, que se ha ocupado de la paradoja del nacionalismo español: siendo el menos estudiado es el que de modo más destacado ha determinado la evolución de la idea comunitaria del Estado (SEPÚLVEDA, ISIDRO, “Fundamentos ideológicos del nacionalismo español”, en Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas, Algarazara, Málaga, 149-178, 1998.)

Definición

El nacionalismo podría representarse con esta alegoría: ante el escenario de una enorme construcción en ruinas, un grupo de hombres extrae de una excavación diversas piezas del mundo antiguo: la escultura de una diosa, una gran piedra grabada con los jeroglíficos del cielo, un medallón con la efigie de algún caudillo. En tanto, el Padre Tiempo, desnudo y ligero, corvo, empuñando su bastón, observa y discierne sobre toda esa arqueología. En segundo plano se ve, ante una multitud asombrada, un orador sobre un balcón, cuya perorata tiene por objeto magnificar algunos de esos hallazgos.

Asistimos aquí primeramente a una arqueología importante, aunque ésta no es el nacionalismo. La naturaleza del nacionalismo difiere del trabajo del arqueólogo o del historiador, así se crean protegidos con el aura del “Padre Tiempo”. El nacionalismo surge con el ideólogo de la plaza pública, cuyas palabras transforman las formas de la raza y lo antiguo en una expresión política. La acción nacionalista corresponde menos a los resultados de la investigación histórica y más al falsificador de la historia⁷.

El nacionalismo es una reelaboración de la historia, pero no es la historia. Como sostuvo Hans Kohn, el nacionalismo se vale de los más viejos y primitivos sentimientos, como el aprecio a la familia y al lugar de nacimiento. “Pero estos sentimientos no forman por sí mismos el nacionalismo. Corresponden a ciertos hechos –territorio, idioma, descendencia común, folclor– que también encontramos en el nacionalismo. Pero aquí se transforman del todo, se impregnan de nuevas y diferentes emociones y encajan en una contextura más amplia”⁸.

Poseer un sentido de la historia ha sido esencial para la unión de toda sociedad constituida en Estado soberano o que aspira al mismo. Ernest Renan sostuvo en *Qu'est-ce qu'une nation?*, su famosa conferencia de 1882, que la nación no es esclava ni de su raza, ni de su lengua, ni de los mares, ni de la dirección de cadenas de

⁷ La obra de MONTES BERNÁRDEZ *Falsificaciones arqueológicas en España* (Málaga, Algazara, España, 1993) prueba que la falsedad en la arqueología, amén del comercio o la broma, deviene muchas veces de necesidades políticas y nacionalistas. Un análisis profundo sobre los propósitos nacionalistas de la arqueología aparece en KOHL (“Nationalism and Archeology: on the constructions of Nations and the Reconstructions of the Remote Past”, *Annual Revue of Anthropology*, vol. 27, 1998, pp. 223-246), quien establece una correspondencia entre el apogeo del nacionalismo en el siglo XIX y principios del veinte y el desarrollo académico de la arqueología en Europa. En América Latina y particularmente en México históricamente también ha existido una estrecha relación entre el arqueólogo y el historiador con el nacionalismo. En este país MANUEL GAMIO, autor de *Consideraciones sobre el problema indígena* (México: Instituto Indigenista Interamericano, 1966), *Arqueología e indigenismo* (Secretaría de Educación Pública, México, 1972) y *Forjando patria* (Porrúa, México, 1982), es el arquetipo de la arqueología de compromiso nacionalista.

⁸ KOHN, HANS, *Historia del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1944, 18-19 p.

montañas. Una gran agregación de hombres, escribió, crea una conciencia moral que se llama nación y ésta “es la consecuencia de un largo pasado de esfuerzos, de sacrificios y desvelos; el culto a los antepasados es el más legítimo de todos. Un pasado heroico, grandes hombres, la gloria, he aquí el capital social sobre el cual se asienta una idea nacional”⁹. A su vez, Anderson¹⁰ ha mostrado, mediante el análisis del museo, el censo, el mapa y la “biografía” de la nación, que el nacionalismo se vale de la invención de la conciencia histórica. Los usos nacionalistas de la memoria colectiva imaginan la nación como un ser eterno, cuyas partes se mueven uniformemente. Lo paradójico es que unas veces se piensa en la nación como algo totalmente nuevo; otras, en cambio, como una continuidad histórica.

Hay que agregar que la manera como cada biografía nacional imagina e inventa su pasado está relacionado con los intereses políticos de las elites. Carlos María de Bustamante¹¹ es el modelo de una historia de México que nace a principios del siglo XIX con la Independencia. En contraste, Lucas Alamán¹², el otro historiador fundacional del XIX, representa la continuidad de un pueblo que inicia en el siglo XVI y donde la herencia española es ponderada y, sobre todo, valorada. En Bustamante la biografía de la nación está unida al proyecto político de los liberales; en Alamán, al de los conservadores. El nacionalismo no tiene ningún sentido sin los intereses creados de las elites. Así, modificando un poco el argumento de Anderson, la imagen que cada comunidad tiene de la nación en buena medida es resultado del grupo político en el poder o que aspira al poder. Por ello el nacionalismo no es la historia, sino los usos posibles de la historia en la gramática de las elites políticas.

El nacionalismo tampoco es la economía, ni la raza, ni las costumbres, ni el territorio, ni la cultura, sino la utilización política de todo ello. El petróleo, que durante más de medio siglo ha constituido uno de los pilares centrales de los recursos que capta el Estado mexicano, sin duda es un factor económico central para el país. Pues bien, el petróleo en sí mismo no constituye un elemento de la identidad nacional sino hasta el momento en el que, por diversas razones, el gobierno mexicano mediante el discurso, la educación, la invención de la historia lo transforma en un símbolo. Símbolo que a su vez sirve para exaltar la nacionalidad y la soberanía, para construir la unidad o para justificar las decisiones públicas del Gobierno. No entraré aquí en el problema de las mediaciones necesarias para explicar el proceso de construcción simbólica y cómo, al final, no sólo es una

⁹ RENAN, ERNEST, ¿Qué es una nación?, Alianza Editorial, Madrid, 1987, 83, 85 p.

¹⁰ ANDERSON, BENEDICT, Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

¹¹ BUSTAMANTE, CARLOS MARÍA DE, Cuadro histórico de la revolución mexicana, Imprenta de Mariano Lara, México, 1843, 5 volúmenes.

¹² ALAMÁN, LUCAS, Historia de México, Imprenta de Mariano Lara, México, 1850, 5 volúmenes.

imagen que el Estado emplea sino, también, que el pueblo reclama. Lo indispensable es advertir que los elementos materiales, sentimentales o simbólicos no constituyen el nacionalismo sino hasta que se utilizan por una acción planeada o predeterminada para legitimar un proyecto político.

Es cierto que existen factores materiales o subjetivos: la lengua, el territorio, la solidaridad, etcétera, que por sí mismos crean una identidad colectiva. Pero aún las características de la identidad pueden o no constituirse en el objeto del nacionalismo. La Virgen de Guadalupe, por ejemplo, es sin duda el símbolo de identidad más significativo en la mayoría social mexicana, pero desde hace más de un siglo no ha sido utilizado por la acción nacionalista del Estado. En México, la condición racial mestiza, otro ejemplo, se constituyó en un elemento del nacionalismo fundamentalmente en la segunda mitad del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX, pero no antes y en la actualidad no se puede considerar como un elemento significativo del nacionalismo. Reiteremos para el caso mexicano las figuras de Hidalgo e Iturbide: uno y otro se utilizaron alternativa y paralelamente durante el siglo XIX, dependiendo si los liberales o conservadores asumían el poder. Durante algunos periodos, incluso, la ceremonia de Independencia se llevó a cabo el 16 de septiembre –para recordar la gesta de Hidalgo de 1810– o el 21 del mismo mes –para la de Iturbide de 1821. Con el triunfo decisivo de los liberales sobre los conservadores, en la segunda mitad del siglo, predominó definitivamente la figura de Hidalgo, pasando Iturbide a constituirse en olvidado conservador.

46 Entiendo, entonces, el nacionalismo como la exaltación de elementos – políticos, culturales o económicos, raciales, religiosos o históricos, subjetivos o materiales– que constituyen la identidad de un pueblo o nación. Esa exaltación se lleva a cabo en el discurso de las elites que aspiran al poder u ocupan el poder y a través los medios de comunicación, la propaganda política y la educación pública y en todo aquello que contribuye a imaginar la comunidad y a elaborar la memoria colectiva: un monumento, las festividades tradicionales, el himno, la bandera, el museo, las peregrinaciones. Esta definición distingue, como ya se ha dicho, entre los elementos de la identidad nacional y el nacionalismo, que no es sino la utilización de algunos de esos elementos. La definición asume también que el nacionalismo es un discurso de las elites de una comunidad para justificar un proyecto político y una idea específica del bien común.¹³

Quiero reiterar algunos aspectos del fenómeno desde esta concepción. Primero los símbolos que utiliza el nacionalismo son muy diversos. Casi cualquier elemento de la realidad puede, si se presentan las condiciones históricas e intelectuales, ser

¹³ No hay acuerdo sobre la definición de nación ni de nacionalismo. Un recorrido sobre distintas teorías aparece en SMITH (*Theories of Nationalism*, op. cit.) y en JAFFRELOT (“Los modelos explicativos del origen de las naciones y del nacionalismo” en *Teorías del nacionalismo*, Paidós, Barcelona, 1993, 203-254 p.).

objeto de la transformación nacionalista. El petróleo, la industria eléctrica, los ferrocarriles, un santo o una virgen, el indígena, el migrante, una guerra o cualquiera de los miles de los personajes de la historia (reales o inventados). Lo significativo es que cualquiera de esos elementos sean utilizados por la acción del nacionalismo a fin de construir y legitimar una imagen de comunidad y un conjunto de instituciones que contribuyan a la unidad cultural, política y jurídica. Segundo, la acción nacionalista es la que realiza no el arqueólogo ni el ingeniero petrolero, sino un actor social —en nuestra alegoría el orador de la plaza pública— que tiene al menos dos capacidades: dar un mensaje a un grupo, grande o pequeño, de personas y seleccionar, entre los recursos de la historia, la cultura y la naturaleza, los elementos útiles a esa acción y a sus propósitos. Hay que notar que este actor no necesariamente es alguna institución del Estado, puede serlo con propósitos radicalmente distintos una minoría cultural o una asociación civil. En cualquier caso encontramos la acción de exaltar elementos de identidad. Tercero: la acción nacionalista sólo tiene sentido en la medida en que se relaciona con un proceso de unificación política y cultural de una sociedad y con el dominio de una elite sobre las mayorías. No toda la sociedad ocupa o busca ocupar la tribuna de la plaza pública, sino sólo una parte que posee intereses creados y la capacidad de realizar actividades en favor de los mismos. La acción nacionalista es significativa en la medida en que construye el Estado o perpetúa una modalidad del Estado. Cuarto: el nacionalismo sirve para moderar el conflicto social o, en otros términos, disminuir la insuficiencia de gobernabilidad¹⁴. Ello explica por qué el nacionalismo aparece en toda sociedad, aunque con esto no pretendo decir que el nacionalismo es preponderante con respecto a otros factores que posibilitan la estabilidad, el entendimiento y la unidad social.

Elementos del nacionalismo

El nacionalismo, decíamos arriba, es un recurso para moderar las tensiones sociales y favorecer el entendimiento. Es un texto, un cuerpo de símbolos orales, gramaticales o plásticos cuya característica general y esencial es exaltar los elementos de la identidad de una nación o la nación misma. Siendo ésta su característica principal, creo que existen otros elementos comunes a todo discurso nacionalista.

Indistintamente del momento histórico o de las tensiones de cada comunidad política, el discurso nacionalista casi siempre posee los siguientes contenidos:

¹⁴ Siguiendo a ANTONIO CAMOU (“Gobernabilidad”, en *Léxico de la política*, FCE, México, 2000, 283-288 p.), prefiero el concepto de insuficiencia de gobernabilidad a los de gobernabilidad o ingobernabilidad. Con ello tratamos de asumir la gradualidad del fenómeno y excluir los extremos —gobernabilidad, ingobernabilidad— que en realidad no existen.

1. una comunidad política a la que se llama nación, o con algún sinónimo, y corresponde a un territorio delimitado (el mapa, tanto o más que un problema plástico o de geografía, sustenta este primer aspecto),
2. un enemigo, externo, de la nación,
3. un enemigo interno o antipatriota,
4. un llamado a la unidad de los miembros de la comunidad o nación,
5. una referencia a la historia y a un futuro ideal,
6. un conflicto social y una solución que debe asumirse en nombre de la nación y de la aceptación de cada uno de estos elementos como verdades sagradas y
7. una defensa o una exaltación de la independencia de la nación con respecto al resto del mundo. Sobra decir que este orden ni es riguroso ni necesariamente excluyente de otros factores.

El ejemplo de las Cortes de Cádiz, cúlmen de la revolución Española y en cierta forma origen de la independencia de los Estados latinoamericanos, puede ser ilustrativo. En las Cortes gaditanas el enemigo externo es Napoleón; el antipatriota, el absolutista y el patriota el soldado organizado en partidas contra los franceses; la unidad gira en derredor de Fernando VII y, a pesar de la carencia de una memoria histórica capaz de unificar la España europea y la americana, la tradición católica sustenta una imagen de comunidad frente al protestantismo y al ateísmo de los revolucionarios franceses; la fe está relacionada también con el sentido de divinidad que posee España (la nación) y la asamblea parlamentaria soberana, que en Cádiz se le llama Vuestra Majestad.

Amén de su obra legislativa, en las Cortes de Cádiz aparece una idea de nación y de historia, de recelo hacia las potencias externas y de antipatria, de unidad y de conflicto. El problema central era conservar la soberanía y la unidad de toda España, amenazada, en el exterior, por Napoleón y, en el interior, por la autonomía de las Juntas Supremas Provinciales y por la insurrección americana. Con todo y las diferencias entre absolutistas y liberales, entre europeos y americanos, en los Diarios de Debates de las Cortes de 1810 y 1813 aparece, una y otra vez, un llamado de unidad en torno a una idea de nación sagrada: España. El 9 de enero de 1811, por citar un discurso ejemplar, mientras se discutía la igualdad de europeos y americanos y la integración de éstos a las primeras elecciones populares. el americano Guridi y Alcocer, de la provincia de Tlaxcala, subió a la tribuna para expresar estas ideas:

Los americanos, como hijos de los europeos, mamamos al nacer el amor a la Península, y desde la niñez nos llamamos, y nos tenemos por hijos de ella: no sólo somos españoles, sino que nos gloriamos de serlo. Pero a pesar de ello, lejos de que se nos tenga en paralelo con los españoles, estamos sumergidos en la miseria (...)

Los americanos se quejan no de las leyes, no de la nación, no de los monarcas, cuyo paternal amor han experimentado: se quejan de su desgraciada situación, de que separados de la península en tan gran distancia se forman ideas erradas de todas las cosas, no se conoce a los sujetos de mérito; y aún cuando son conocidos, quedan postergados, por no estar cerca de la fuente.

Pero no obstante todo esto, los americanos aman a la Península, de la cual jamás quieren separarse: detestan si el despotismo; y este es el único origen de sus alborotos; este amor que siempre han profesado a España, este amor a Fernando es el que enardece sus ánimos y sus corazones.

El único modo de salvar las Américas es acudir a curar esta llaga, origen de todo. Para esto no hallo medio mejor que (...) la igualdad de derechos en los frutos y en los destinos (...) importa mucho que se declare esta igualdad, consistiendo en esta declaración el que las Américas estén unidas a la metrópoli.¹⁵

El diputado de Tlaxcala en su exposición identificaba una comunidad política a la que explícitamente (en el tercer párrafo) llamaba España y (en el segundo) nación. A su vez, identificaba a “Las Américas” o a los “americanos”, es decir, una parte, a la que él pertenecía, integrante de la nación. Aunque no era su intención explícita, abría aquí la opción, como de hecho iba a suceder, de que esta parte se constituyera en un Estado o varios Estados independientes de España. Guridi señalaba a América como una comunidad distinta de la Península e integrante de España. Más aún, buscaba “salvar a las Américas” (en el cuarto párrafo), es decir conservar la integración de estas a la Península. Aparecía aquí un conflicto implícito: la insurrección en ultramar y la posibilidad de que España perdiera esos territorios. Para evitarlo proponía una solución: el reconocimiento de la igualdad en la representación política entre americanos y peninsulares. La igualdad significaba la unidad. No aparece aquí un enemigo externo o interno, pero hay una referencia a la historia: “mamamos al nacer el amor a la Península”, con lo cual hay un principio natural y sagrado de la aceptación de esa nación, del centro político (la Península) y de su líder (el Rey Fernando VII). Implícitamente también hay un territorio dado por la referencia a España (cuyo mapa con todos sus territorios en la Península y en ultramar estaba fijado en una mesa central en el recinto de las Cortes de Cádiz) y un supuesto de solidaridad colectiva y exaltación de la nación: “no sólo somos españoles, sino que nos gloriamos de serlo”.

La discusión en torno a las igualdades entre americanos y europeos fue larga y constante en las Cortes españolas de esos años de 1810 a 1813. Estas palabras del diputado peninsular Pelegrin, leídas apenas dos días después de las de Guridi y Alcocer, también son ilustrativas. Este diputado, a diferencia del americano, pedía

¹⁵ Diario de las discusiones y actas de las Cortes, 9 de enero de 1811.

posponer la aceptación de una propuesta que igualaría la representación en las Cortes entre americanos y europeos y, sin embargo, recurría como Guridi a los siete elementos característicos del nacionalismo que arriba he citado. La diferencia es que aquí sí es explícito el patriotismo, al antifrancesismo o enemigo externo, el pasado y el futuro ideal.

Las Américas, que son una gran parte del imperio Español, reclaman los cuidados y la justicia de las Cortes, para que respetada la dignidad de sus habitantes, y desenlazada su importancia, contribuyan en toda su extensión a formar la nación grande que va a renacer de las ruinas a que la había destinado la política de estos últimos tiempos.

Nuestros abuelos descubrieron en el nuevo mundo otros compañeros, hombres que agregados a la gran familia española deben sufrir sus males y sus cargas, como disfrutan de sus beneficios y ventajas. Sean dignos del pueblo que forman, y al proclamar esta obligación que les impone la patria, les declara y sanciona sus derechos, no son otros, ni pueden ser más ni menos que los que pertenecen a sus hermanos los europeos. La justicia del Congreso, y su sabia previsión no puede consentir que la mitad de sus súbditos se acuerden alguna vez que hay diferencia en su familia, y que los lazos que los unen a la madre patria no son ni tan íntimos ni tan magníficos. Vean nuestros hermanos americanos, que ya somos unos, como conviene, y se les ha dicho sin fruto algunas veces, y vean que la amable nación a que pertenecen les dicta la ley con igualdad en el peligro y en la prosperidad.

La representación que solicitan en las Cortes es conforme a sus derechos, la exige el interés de la nación, que necesita de toda la energía y concurrencia de sus hijos para salvar su independenciam, y será uno de los vínculos más sólidos para sostener nuestro edificio político a pesar de la distancia que físicamente los divide.

La unidad y la opinión que forma la fuerza de los Estados, se logran siendo unos mismos los estímulos para la seguridad de las empresas; y siendo unos mismos los males políticos para que sea uno el interés de remediarlos. De este principio procede la justicia y la confianza con que una nación habla con sola una voz a sus hijos, los empeña en sus obligaciones, y les manda su obediencia. Sería muy indiscreta si faltase a esta armonía, dividiendo la opinión y disminuyendo su poder. Los españoles todos formarán de aquí en adelante sólo un pueblo, y la política de la Francia no verá por más tiempo las leyes, las costumbres, y las prácticas que han disuelto nuestra fuerza para halagar la ambición de los tiranos.

Es muy difícil que para las Cortes actuales se puedan elegir los diputados en América uno por cada cincuenta mil almas, y estando además acordada su representación según lo han permitido las circunstancias extraordinarias, parece que declarando a los españoles americanos el derecho de elegir diputados según el número de almas que sirve de regla en Europa, no debe hacerse una novedad como

inútil hasta la constitución; pues el ejemplo de las provincias de la península, que no tienen el total de sus diputados, la clase de estas cortes, junto con el peligro de la patria, bastará para hacer ver a nuestros hermanos de América que están respetados sus derechos, y sancionado el principio de que somos y seremos unos mismos para defender nuestra Religión santa, para rescatar a nuestro adorado Rey, y señalar los destinos de la nación a que pertenecemos.¹⁶

El diputado Pelegrín centraba su exposición en la unidad como condición para resolver los conflictos: “de este principio procede la justicia y la confianza con que una nación habla con solo una voz”. Y supeditaba la petición de los americanos a la unidad y la independencia. Establecía así el meollo de la acción nacionalista: favorecer el entendimiento, subordinar los intereses particulares, exaltar la unidad entre los diversos grupos y culturas y justificar un proyecto político de acuerdo al interés de una fracción de la elite política.

Los ejemplos de Cádiz evocan contextos, problemas y soluciones particulares. No obstante, como en otros casos, aparecen los elementos de un marco más o menos fijo constituido por esos siete elementos que he anotado: la nación y el territorio, un enemigo externo, un enemigo interno, la unidad, la historia sagrada, la independencia y un conflicto cuya solución debe asumirse en nombre de todo lo anterior.

Dos enfoques teóricos

En realidad el nacionalismo ha sido concebido de muy diversas formas. No hay acuerdo ni para definirlo ni para explicar su papel en la sociedad. En mi consideración es fundamental definirlo en sus términos esenciales e identificar sus contenidos característicos. Empero, el análisis del nacionalismo requiere ante todo explicar su significación política y social y no sólo sus contenidos textuales. Por ello, sin duda, la abundancia de múltiples teorías que buscan explicar el fenómeno en el mundo moderno. De entre éstas, dos enfoques han sido preponderantes. Uno en donde el Estado es la condición fundamental del nacionalismo; otro, donde lo es la cultura o nación.

El primero de los enfoques ha abordado el nacionalismo como un fenómeno ceñido a un territorio y un Estado, con el que coincide una población y una nación.¹⁷ Aquí la noción de Estado es la noción dominante que da sentido al nacionalismo, ya porque es el objetivo de la acción nacionalista ya porque es el ordenamiento jurídico, político y social que lo explica y lo contiene. Supone además una serie de hechos históricos: el nacionalismo data del siglo XVIII, surgió

¹⁶ Diario de las discusiones y actas de las Cortes, 11 de enero de 1811.

¹⁷ Esta es la perspectiva, por ejemplo, de HOBABAWN, en *Naciones y nacionalismo desde 1780*, op. cit., y de GELLNER, en *Naciones y nacionalismo*, op. cit.

en Europa, especialmente en torno a la Revolución Francesa, y se extendió por el mundo a lo largo de los siglos XIX y XX. En cierta forma siguió la ruta de las migraciones europeas, la colonización y la industrialización y la democracia, de donde se desprende que los países menos desarrollados económica y políticamente conocieron el nacionalismo mucho tiempo después, hasta finales del XIX y principios del XX, luego de la formación de los Estados alemán e italiano¹⁸. De este evolucionismo se llegó al extremo de imaginar el nacionalismo como una sustancia activa que conforme se expande se diluye. Mientras el nacionalismo inglés o francés de los siglos XVII y XVIII condensan la sustancia que vivifica el fenómeno, los nacionalismos “tardíos” de América y más aún de África y Asia, ya se presentan como menos naturales y más artificiales. Sígase, por ejemplo, este recorrido de Hayes:

El nacionalismo es moderno. Tuvo su origen y su desarrollo en Europa y fue implantado en América y en las demás regiones de civilización occidental por influencia europea y siguiendo el ejemplo de aquel continente. [...] Desde el siglo XVI, miembros de diversas nacionalidades europeas han emigrado allende los mares llevando consigo sus lenguas y sus culturas tradicionales. Así fue como América se repartió entre las nacionalidades Francesa, Española, portuguesa e inglesa. [...] De aquí que las nacionalidades en América puedan ser descritas como nacionalidades secundarias o subnacionalidades.¹⁹

Tanto o más que Hayes, Hans Kohn ha normado buena parte de la investigación, desde la aparición de su libro “The Idea of Nationalism” en 1944, siguiendo dos principios: el nacionalismo supone la presencia del Estado moderno y adquiere importancia política no medio siglo antes de la Revolución Francesa: “el nacionalismo presupone la existencia, de hecho o como ideal, de una forma centralizada de gobierno en un territorio grande y definido. Los monarcas absolutos, que abrieron el paso al nacionalismo, crearon esa forma; y la Revolución Francesa, llenó la organización central con un espíritu nuevo, dándole una fuerza de cohesión desconocida antes”²⁰.

¹⁸ Señalar la aparición original de un fenómeno en cualquier sociedad, de donde luego se hereda al mundo, a veces es más un motivo de orgullo de los gobiernos que un argumento de verdad. Si el privilegio de invención del espagueti, la imprenta o el cine todavía está en disputa, el mérito de la creación del nacionalismo es más complicado y, en realidad, un ejercicio estéril por el simple hecho de que el fenómeno aparece simultánea y gradualmente en muchos países, en cualquiera de los cuales siempre habrá algún elemento para construir “el primer caso”. Aún así, a contra corriente de la generalidad, ANDERSON sostiene que el nacionalismo criollo americano, en especial en la Nueva España, precedió al europeo, lo cual se explica por la necesidad de diferenciarse de la metrópoli y construir una comunidad imaginaria coincidente con los nuevos Estados en formación de las Américas (ANDERSON, BENEDICT, Comunidades imaginadas, op. cit., 77-101 p.). Este argumento ha sido reiterado por FLORESCANO (“Un conflicto de hoy y del futuro: las relaciones entre las etnias, el estado y la nación en México” en LABASTIDA, JULIO y CAMAU, ANTONIO (coordinadores), Globalización, identidad y democracia, Siglo XXI, México, 2001, 394-405 p.).

¹⁹ HAYES, CARLTON, Nationalism: a Religion, op. cit., 1-9 p.

²⁰ KOHN, HANS, Historia del nacionalismo, op. cit., 17 p.

Ernest Gellner dio mayor impulso a la tesis según la cual el Estado es la condición fundamental del nacionalismo. El tema lo analizó por primera vez a mediados de los años sesenta en “Thought and Change”²¹, lo desarrolló en “Nations and Nationalism”, en 1983, y dio su última palabra en 1997 en su obra póstuma “Nationalism”. Gellner siguió el argumento de que el nacionalismo está supeditado a la forma centralizada de gobierno. Empero, a diferencia de Kohn que aceptó la tesis del Estado como un ideal, Gellner se refirió al Estado como un hecho material y al nacionalismo como la expresión de la homogeneización del Estado contemporáneo. Definió el nacionalismo como un principio político que hace coincidir una cultura, un Estado y un determinado territorio y estableció como una de sus condiciones que los gobernantes pertenecieran a la misma cultura que el conjunto de la población. Dado que no todas las sociedades nacionales están dotadas de un Estado, sostenía que el problema del nacionalismo no surge en sociedades sin Estado —con lo cual se excluía la posibilidad de un nacionalismo correspondiente a las minorías nacionales— puesto que si no existe un Estado, uno no puede preguntarse si sus fronteras coinciden con los límites de la nación; y si no hay gobernantes, no habiendo Estado, nadie puede plantearse si ellos son parte de la nación. Gellner argumentó, además, que el nacionalismo no surge en todos los Estados sino sólo en los que corresponden a la era industrial. Según él, tiene en éste un profundo arraigo dado que el industrialismo, decía, requiere de una homogeneidad. “No es que el nacionalismo imponga la homogeneidad; el nacionalismo es la expresión de la necesidad objetiva de la homogeneidad”.²²

La tesis de Gellner, sin embargo, no explica la existencia de diversos nacionalismos sin Estado. Tampoco, el hecho de que el nacionalismo frecuentemente rebasa las fronteras de los Estados o que muchos movimientos nacionalistas se constituyen para luchar contra el Estado. Por otra parte, el asunto de la homogeneización es sin duda una necesidad del Estado de las sociedades industriales, pero se puede decir que la homogeneización de una sociedad es expresión de muchas otras necesidades y muchas otras causas: entre ellas, tratándose de nacionalidades en busca de un Estado, la de alcanzar precisamente un Estado reconocido internacionalmente. La acción colectiva para este fin requiere promover una cultura más o menos homogénea para diferenciarse del resto de la población y para lograr eficacia en su acción. Pensemos en los ejemplos del pueblo judío cuyo nacionalismo pervivió durante siglos aún antes del Estado de Israel y en el Kurdo que ha desarrollado un nacionalismo basado en una cultura y la tradición propias.

Hasta aquí, según se deduce de Kohn y Gellner, el nacionalismo no se presenta sin la existencia del Estado. Aunque para el primero el Estado puede ser un

²¹ GELLNER, ERNEST, *Thought and Change*, Weidenfeld and Nicolson, London, 1964.

²² GELLNER, ERNEST, *Naciones y nacionalismo*, op. cit., 59, 60 p.

referente posible, un objetivo del nacionalismo; mientras que para el segundo el Estado es una condición material que necesariamente precede el nacionalismo y en donde éste resulta de las necesidades objetivas de la centralización institucional y de la industrialización.

En la definición de nacionalismo que he sostenido en estas páginas, se considera, sin duda, el Estado, pero más en el sentido de Kohn. El nacionalismo, es una fuerza ideológica que resulta del Estado o bien que busca la construcción del Estado. En cualquier caso, hay una interacción entre aquel y éste. No sostengo que el Estado haya dejado de constituir un referente del nacionalismo, sino que el nacionalismo puede presentarse antes del Estado, durante el proceso de construcción del Estado y después de la consolidación de éste. El nacionalismo sirve a quienes aspiran a una forma centralizada y soberana de gobierno como a quienes pretenden perpetuarla. El Estado, entonces, es un elemento que a veces puede presentarse como una causa, a veces también como una realidad a la cual contribuye el nacionalismo.

A diferencia de la concepción difundida en derredor de Kohn, Hayes y Gellner, otro punto de vista ha dado menos importancia al Estado y, en cambio, ha sostenido la tesis de que la identidad colectiva constituye la fuente principal del nacionalismo. Aquí el punto de partida implica distinguir entre Estado y nación, entendida ésta como cultura, como un grupo de personas que comparten elementos materiales y simbólicos. El argumento ha adquirido fuerza en las últimas dos décadas con motivo del resurgimiento de los etnonacionalismos, los nacionalismos de las minorías culturales y religiosas, los nacionalismos transfronterizos y en general por la emergencia de características del nacionalismo que no se pueden explicar bajo el marco del Estado.

La literatura de esta corriente de opinión es inmensa, pero uno de sus principales exponentes ha sido la revista "Nations and Nationalism" y particularmente su director, Anthony Smith. "Nations and Nationalism in Global Era" (1995) es, entre las obras más recientes de Smith, la que aborda el tema de manera más amplia, aunque la tesis la había expuesto mucho antes en "Theories of Nationalism" (1983). Entonces escribió:

El estudio del nacionalismo necesita ser reorientado para tomar en cuenta no sólo las nuevas fuerzas asociadas con la Revolución francesa y las revoluciones industriales, sino también la permanencia de viejos parentescos y sentimientos. El nuevo foco del estudio, sin negar factores como capitalismo, urbanización, burocratismo y ciencia, debe considerar la etnicidad y el resurgimiento étnico.²³

Smith favoreció el rompimiento de la concepción del Estado como condición fundamental del nacionalismo y de la Revolución Francesa como referente histórico imperioso. A partir de entonces, cada vez más se ha dado cabida a los estudios de los nacionalismos periféricos, contestatarios, étnicos y de las nacionalidades sin Estado.

²³ SMITH, ANTHONY, *Theories of Nationalism*, op. cit., x p.

El punto de partida de Anthony Smith es distinguir entre nación y Estado.²⁴ Aunque esta diferenciación es cada vez más aceptada, a principios de los años ochenta cuando aparece en una nueva edición revisada de su libro sobre las teorías del nacionalismo, constituía una idea poco aceptada. Por ello Hobsbawm decía:

Al igual que la mayoría de los estudiosos serios, no considero la nación como una unidad social primitiva ni invariable. Pertenece exclusivamente a un periodo concreto y reciente. Es una entidad social sólo en la medida en que se refiere a cierta clase de Estado territorial moderno, el Estado-nación, y de nada sirve hablar de nación y de nacionalidad excepto en la medida en que ambas se refieren a él.²⁵

En realidad la distinción entre los conceptos de Estado y de nación había aparecido muchas décadas antes con el problema de las naciones sin Estado, otrora concebidos con frecuencia como sociedades tribales sin reglas. Sin embargo, a partir de la segunda guerra mundial las naciones sin Estado comenzaron a interpretarse sin ese sentido negativo, como un sistema social de trabajo de las sociedades primitivas de África y Asia²⁶ o como expresión de los Estados multinacionales occidentales con especial referencia a Europa Central y del Este, Rusia y el Reino Unido²⁷. Gradualmente esta segunda perspectiva predominó y comenzó a aceptarse el criterio de que en realidad casi no existen Estados culturalmente homogéneos sino identidades colectivas integradas a un Estado o minorías culturales diferenciadas del resto de la población con un alto grado de autonomía y un territorio delimitado (con lo cual se ha excluido a inmigrantes, cuyo problema es de otra índole). En *Nations Without States* Minahan²⁸ sistematiza las características, la situación actual y la historia de múltiples naciones sin Estado de todo el mundo.

Ciertamente a partir de los años noventa la distinción entre Estado y nación ya es un criterio más aceptado, por ejemplo en Guibernau²⁹ o Kymlicka³⁰, aunque éste lo asume siguiendo la tradición teórica norteamericana y la especificidad histórica de la federación canadiense. Igualmente para Oommen³¹ la distinción

²⁴ *Idem*, 174-180 p.

²⁵ HOBBSAWM, E., Naciones y nacionalismo desde 1780 *op. cit.*, 17, 18 p.

²⁶ Por ejemplo en SOUTHALL, AIDAN, "Stateless Society" en *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Macmillan/Free Press, Estados Unidos de América, 1966, Vol. 15, 157-167 p.

²⁷ Un estudio temprano sobre las minorías nacionales y el Estado multinacional es el de JANOWSKY, OSCAR, *Nationalities and National Minorities*, Macmillan, New York, 1945.

²⁸ MINAHAN, JAMES, *Nations Without States*, Greenwood Press, Estados Unidos de América, 1996.

²⁹ GUIBERNAU, MONTSERRAT, "El futuro del nacionalismo de las naciones sin Estado" en *Revista Mexicana de Sociología*, LX, 1, 1998, pp. 115-131.

³⁰ KYMLICKA, WILL, *Multicultural Citizenship*, *op. cit.*

³¹ OOMMEN, T.K, *Citizenship, Nationality and Ethnicity*, Cambridge: Polity Press, Reino Unido, 1997 45-57 p.

entre Estado y nación constituye un argumento central, que construye, aquí sí, en discusión directa con Smith y otros autores europeos. En México, Gilberto Giménez, siguiendo a Oommen, ha aceptado que “hoy ya no se admite la idea de que Estado y nación sean entidades intercambiables”.³²

Pero estos ejemplos, sin embargo, no muestran que haya dejado de utilizarse nación y Estado como sinónimos. Por el contrario, creo que en las ciencias sociales predomina la idea de que la aspiración histórica del Estado-nación realmente se conquistó. Se da como un hecho histórico y el concepto se emplea como principio metodológico. Así, desde el punto de vista del “estadista” la nación se concibe, en términos generales, como una unidad político territorial o como una sociedad en la que el Estado es la institución última a la que son leales los individuos y los grupos. Esta idea de nación permite explicar el nacionalismo como un fenómeno del Estado. Pero la concepción difundida en torno a Smith, Kimlicka y Oommen ha favorecido que las ciencias sociales se preocupen cada vez más por los movimientos nacionalistas étnicos que luchan contra el Estado. Movimientos que eran llamados secesionistas, antinacionales, regionalistas o de cualquier otra forma menos nacionalistas. Anthony Smith, en cambio, los llamó nacionalistas. Movimientos con la misma importancia del nacionalismo del Estado.

Smith buscó la fuente del nacionalismo en la nación y la de ésta en la etnicidad o la cultura. Desde este ángulo, ha concebido la nación como un extenso y politizado grupo, con una cultura y un origen común.³³ Este grupo puede adquirir cinco categorías distintas: tribu, etnia, nación, nación-Estado y Estado-nación, dependiendo si posee al menos una cultura diferenciada o si de hecho ejerce una soberanía sobre un territorio.³⁴ Este principio metodológico es coherente con su definición de nacionalismo: “un movimiento ideológico para alcanzar y conservar el autogobierno y la independencia en nombre de un grupo, algunos de cuyos miembros conciben éste como una actual o potencial nación como otras”³⁵. Aquí la especificidad cultural e histórica del nacionalismo aparece en oposición al principio general del Estado-nación. Su libro “Nations and Nationalism in a Global Era”, de 1995, abre reiterando que el fenómeno deriva su fuerza de “la presencia de esta o aquella nación específica la cual transforma en absoluta”³⁶. Esto significa, por tanto, que el nacionalismo depende de la herencia cultural particular y las formaciones étnicas.

³² GIMÉNEZ, GILBERTO, “Identidades étnicas. Estado de la cuestión” en Reina, Leticia (coordinadora), Los retos de la etnicidad en los Estados-nación, CIESAS, México, 2000, 50 p.

³³ SMITH, ANTHONY, *Theories of Nationalism*, op. cit., 176 p.

³⁴ Idem, 187-189 p.

³⁵ Idem, 171 p.

³⁶ SMITH, ANTHONY, *Nations and Nationalism in a Global Era*, op. cit., VIII p.

Si Anthony Smith rompe con la tesis estatista de Kohn, Hayes, Gellner, Hobsbawm, etcétera, también muestra un punto de vista totalmente opuesto a los autores que a mediados del Siglo XX denostaron el nacionalismo totalitario (por ejemplo Paz³⁷ y Rocker³⁸). Su visión, incluso, no incorpora como factor central del análisis la violencia, en la historia reciente, suscitada por los nacionalismos étnicos. La subsume al principio esencial de la nación como un grupo en movimiento por la defensa de lo que a ese grupo le parece necesario y justo: la independencia y la conservación de su identidad. Esto lo distingue de autores contemporáneos que juzgan el etnonacionalismo principalmente a partir de la violencia que desatan.³⁹

Conclusión: el nacionalismo como un continuo entre las minorías y el Estado

La aportación de Smith ha sido distinguir entre el Estado y la nación, considerando ésta como cultura en sus diversas formas., desde tribu hasta Estado-nación. Esta concepción nos ofrece una perspectiva metodológica para reconocer a las minorías culturales integradas a los Estados y, sobre todo, entender el nacionalismo de esas minorías. Este ángulo de investigación permite explicar lo que es evidente: ese auge de nacionalismos contra los gobiernos centrales en todo el mundo. Pero lo más importante es que, a su vez, explica el nacionalismo de Estado, aunque esto no lo ha desarrollado Smith. Una vez que la comunidad política apoyada en su nacionalismo ha logrado su independencia y la soberanía constituyéndose así en una nación con Estado, ejerce un nacionalismo que podemos llamar de Estado.

³⁷ PAZ, OCTAVIO, *El laberinto de la soledad*, México: cultural, 1950; *Puertas al campo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1966.

³⁸ROCKER, RUDOLF, *Nacionalismo y cultura*, Buenos Aires: Reconstruir, 1977.

³⁹ BARTRA, por ejemplo, ha escrito: “La cultura de la sangre –a diferencia de la cultura de la escritura– está ligada a la exaltación de las identidades, a la lucha revolucionaria y a la defensa de las patrias. [...] y peores son esas sanguijuelas de la identidad étnica que convocan a la lucha, a la lucha contra los vampiros neoliberales: el resultado es la guerra atroz que desgarrar a las sociedades balcanizadas. Todo ello en nombre de la sangre que dibuja las fronteras entre culturas y religión” (BARTRA, ROGER, *La sangre y la tinta. Ensayos sobre la condición postmexicana*, Océano, México, 1999, 11-13 p.). Bartra escribe pensando en México; HOBBSAWM, en Europa: “Las similitudes [del fundamentalismo] con diversos fenómenos étnicos/nacionalistas son evidentes. [...] Probablemente, un visitante extraterrestre vería la exclusividad y los conflictos étnicos, la Xenofobia y el fundamentalismo como aspectos del mismo fenómeno general. Hay, empero, una distinción importante. El fundamentalismo proporciona un programa detallado. La llamada de la etnicidad o de la lengua no proporciona absolutamente ninguna orientación de cara al futuro, ni siquiera cuando se forman Estados nuevos basándose en esos criterios. Es simplemente una protesta contra el Statu quo [...] Porque a diferencia del fundamentalismo obtiene su fuerza de la pretensión de poseer la verdad universal. El nacionalismo por definición excluye de su esfera a todos los que no pertenecen a su propia “nación”, es decir a la inmensa mayoría de la raza humana (HOBBSAWM, E., *Naciones y nacionalismo desde 1780*, op. cit., 185-186 p.)

Está claro aquí que el nacionalismo se explica por su desarrollo, que inicia en un movimiento étnico o regional contra el Estado. El nacionalismo pasa de ser un movimiento “instituyente” a un proceso “instituido”. Una vez constituido el nacionalismo de Estado, éste adquiere su propia lógica y ésta no se entiende tampoco si no consideramos que al interior del nuevo Estado existen minorías culturales que habrán de desplegar su propio nacionalismo. El nacionalismo de Estado entrará en tensión, inevitablemente, con otros nacionalismos de los grupos que quedaron integrados al Estado. Así, tanto por su origen como por su dinámica, la explicación del nacionalismo de Estado no puede excluir la etnicidad o las identidades minoritarias. A su vez, el nacionalismo de las minorías no tiene sentido si no se reconoce que el fin último del mismo es alcanzar algún grado de autonomía o, incluso, la forma del Estado soberano.

58

Mi definición de nacionalismo –que he buscado sea lo más operativa y esencial– como una utilización de elementos de una nación por parte de una elite política, comprende el movimiento para alcanzar un Estado o bien para sostener un Estado ya consolidado. El problema en Anthony Smith, aún siendo correcta su concepción de que la nación y el nacionalismo tienen por fuente principal la especificidad cultural e histórica, es que se centra en el nacionalismo étnico. Considera fundamentalmente el movimiento político por la independencia de una nación; un movimiento contra el Estado. Pero no desarrolla el nacionalismo de esas naciones que han alcanzado la forma del Estado. Esto en parte se explica porque el interés principal de Smith está en los movimientos nacionalistas actuales y no en el desarrollo del nacionalismo histórico de los Estados ya consolidados. También se explica por su esfuerzo por romper con el eurocentrismo, lo cual es válido para dar explicaciones a problemas que no se podrán comprender desde el estatismo. Empero, excluye del análisis lo que desde mi punto de vista sigue siendo central: el nacionalismo de los gobiernos centrales. Considerar la cuestión de Quebec, el País Vasco o Cataluña, sin considerar la existencia del nacionalismo del Estado español o del gobierno central de Canadá es improcedente, por la simple razón de que esos nacionalismos regionales no sólo se explican por su especificidad cultural e histórica, sino también porque se enfrentan al nacionalismo de Estado. Por otra parte, Smith no desarrolla la relación de estas culturas con sus propias minorías, ya sean inmigrantes o población autóctona. En realidad el nacionalismo de Quebec entra en tensión no sólo con el nacionalismo federal, sino también con las identidades y grupos culturales indígenas al interior de Quebec.

Diversos autores cuestionan que las minorías nacionales, por definición, aspiran a constituirse en Estados soberanos. Gilberto Giménez, por ejemplo, piensa que es “empíricamente falso que todas las naciones tiendan naturalmente a crear su propio Estado, ya que existen muchas que deliberadamente renuncian a ello y

prefieren mantenerse dentro de uno multinacional (v.g. los catalanes en España). Por eso, siempre es mayor el número de naciones que el de los Estados”.⁴⁰ Mi punto de vista, en cambio, es que las naciones no “renuncian”, sino que quedan sometidas a los gobiernos centrales conformándose, en el mejor de los casos, con algún grado de autonomía en un Estado multinacional. Por lo demás, Cataluña es todo lo contrario: el mejor ejemplo de una nación que aspira a la autonomía plena desde el siglo XVII.

Así, toda nación tiende al Estado, pero hay que reconocer también que esa nación a su vez integra grupos que potencialmente reclaman algún grado de autonomía. De manera que hay un movimiento continuo de construcción y destrucción. Una nación se constituye en Estado. El Estado impulsa la nación. El Estado-nación abriga la posibilidad de su desintegración por las naciones que en su interior aspiran también a su soberanía.

El nacionalismo es un continuo y a su vez una permanente tensión entre la universalidad o uniformidad que busca el Estado en un espacio definido por un territorio y una jurisdicción y la especificidad de las identidades locales y culturales muchas de las cuales están integradas a un Estado, o bien rebasan las fronteras de los Estados. Nacionalismo de Estado y nacionalismo de las identidades sin Estado.

La historia de México es ilustrativa; podría estudiarse siguiendo la tensión entre un nacionalismo que busca dominio, consenso y homogeneización, emprendido por el Gobierno y ciertas instituciones de la sociedad civil y, por otra, las identidades de las minorías locales y étnicas.

El choque entre lo universal y lo particular aparecía en México, como en toda América Latina, ya desde finales del siglo XVIII. Por ejemplo, Félix María Calleja, el virrey que más efectivamente combatió la independencia en la Nueva España, muchos años antes de ocupar ese cargo advirtió a la Corona, tras un viaje de inspección de la necesidad de fortalecer la integración de esas regiones a la soberanía de la Corona vitalizando el dominio y el “patriotismo”; para ello solicitó, además de mejorar las milicias provinciales, aumentar la presencia del pendón y escudo de armas reales, las ceremonias católicas y el uso del castellano. Era la lógica universal del hispanismo. Los informes de Calleja, hoy en el Archivo General de Simánkas, datan de 1790.⁴¹

Cuatro años después, en el “Sermón de Guadalupe” Servando Teresa de Mier llevó al podio de la ceremonia del 12 de diciembre, donde se reunían el virrey y las

⁴⁰ GIMÉNEZ, GILBERTO, *op. cit.*, 49 p.

⁴¹ Una reflexión amplia sobre los informes de Calleja los elaboró JUAN ORTIZ. “Dos relaciones histórico-geográficas de Félix María Calleja”, ponencia presentada en el Seminario sobre Guerra de Independencia, Instituto Mora, México, noviembre 25, 1996.

autoridades eclesiásticas y administrativas del Virreinato, su exaltación de la cultura náhuatl como símbolo de la especificidad novohispana y como negación de la homogeneidad pretendida no sólo por Calleja sino por toda la Corona. El “Sermón” estaba dirigido a variar la época de la pintura de la Virgen y probar que el evangelio había sido predicado en las Américas por el apóstol Santo Tomás, en cuya tilma se habría estampado, desde el primer siglo de la Iglesia, la imagen de María⁴². Servando modificaba, así, la tradición y la historia oficial y, sobre todo, el esfuerzo hispanista de la Corona del cual se había hecho eco Calleja.

La tesis de Mier podría ser errónea, pero lo importante era su intención: pasar del dominio de los símbolos de la uniformización pretendida por la Metrópoli a los símbolos que exaltaban la especificidad de la “nación del Anáhuac”. Le daba a ésta una identidad original con lo que se diferenciaba del hispanismo. Cualquier nación americana sería más feliz, más original y orgullosa al creerse bautizada por la mano de un apóstol de Jesús que mediante la espada de sus conquistadores.

El “Sermón” era la exaltación de “los jeroglíficos nacionales” y le costó a Mier el destierro y 15 años de cárcel en España⁴³. Así de significativa era, y aún es, la tensión entre el esfuerzo ideológico del gobierno central, el nacionalismo de Estado, y los movimientos que hacen de la diferencia un instrumento ya para la construcción de una identidad específica, ya para avanzar en su propia autonomía cultural y política. Adviértase finalmente que mientras se exaltaban los símbolos y jeroglíficos americanos y se perjudicaba al Imperio, se beneficiaba la religión y la institución eclesiástica. Mas no la iglesia del Imperio, sino la local, la que finalmente descollaría con la Independencia y, en realidad, con la construcción del nuevo Estado.

Tenemos, hasta aquí, dos elementos: el Estado, entendido como instituciones que buscan el dominio apoyándose en el consenso y la homogeneización de los valores y símbolos, y lo particular, apoyado en lo étnico como exaltación de lo específico. Es de suponerse que uno y otro se oponen pero también se complementan. Primero porque el centro puede hacer uso de lo étnico para ejercer su dominio; segundo porque en las elites del poder puede haber miembros de alguna etnia; y tercero porque la síntesis étnica, el mestizaje, constituye un elemento de homogeneización con respecto a la raza, la cultura y las costumbres.⁴⁴

⁴² No existe a la letra el Sermón de Mier, sino tres conjuntos de apuntes en los que basó su discurso aquel 12 de diciembre, presentados por él mismo en su defensa. Éstos y los documentos del juicio inquisitorial conformaron el expediente titulado “Causa formada al Dr. Fray Servando Teresa de Mier, por el sermón que predicó en la Colegiata de Guadalupe el 12 de diciembre de 1794” (MIER, SERVANDO TERESA DE, “Sermón de Guadalupe”, en Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México, Imprenta de José María Sandoval, México, 1874, 5-132 p.).

⁴³ Véase MIER, SERVANDO TERESA DE, Apología de Don Servando Teresa de Mier y relación de lo que le sucedió en Europa, escritas por el mismo en la Inquisición de México, Gobierno del Estado de Nuevo León, Nuevo León, 1946, 2 Tomos.

Hoy, al iniciar el siglo XXI, la gran mayoría de los países está en una situación que en relación a la de finales del siglo XVIII obviamente es cualitativa y cuantitativamente muy distinta. Muchos factores favorecieron el derrumbe de los Estados imperiales y la construcción de los casi 200 Estados independientes reconocidos por las instituciones internacionales. La independencia de las otrora regiones fue real y simbólicamente el triunfo de la soberanía, el triunfo de la diferenciación entre lo propio y lo extranjero. Empero, después de todo, persiste, y con mucho vigor, la tensión entre la lógica universal de dominio del Estado y la etnicidad como instrumentación de lo diverso. Y el nacionalismo, como hace 200 años, sigue siendo un recurso de las minorías culturales como de la dominación del Estado.

⁴⁴ La síntesis étnica no es exclusivo de la construcción de los Estados nacionales de América. “La síntesis nacional que fue una de las consecuencias importantes de la construcción histórica de los Estado Nación europeos en los cuales se plantea de manera aguda el problema de las minorías étnicas surgidas de la inmigración, puede concebirse como una reconciliación de los universal y lo particular” (CROWLEY, JOHN, “Etnicidad, nación y contrato social”, en DELANNOI, PIERRE y TAGUIEFF, PIERRE, op. cit., 271 p.)

Referencias

- ALAMÁN, LUCAS, *Historia de México*, Imprenta de Mariano Lara, México, 1850, 5 volúmenes.
- ANDERSON, BENEDICT, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.
- Bartra, Roger, *La sangre y la tinta. Ensayos sobre la condición postmexicana*, Océano, México, 1999.
- BEITZ, CHARLES, "Sovereignty and Morality in International Affairs" en Held, D. Editor, *Political Theory Today*, Stanford, Stanford University Press, California, 1991, 236-254 p.
- BRADING, DAVID, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, SEP, México, 1973.
- BUSTAMANTE, CARLOS MARÍA DE, *Cuadro histórico de la revolución mexicana*, Imprenta de Mariano Lara, México, 1843, 5 volúmenes.
- CAMAU, ANTONIO, "Gobernabilidad", en *Léxico de la política*, FCE, México, 2000, 283-288 p.
- CROWLEY, JOHN, "Etnicidad, nación y contrato social" en Delannoi, Pierre y Taguieff, Pierre (Editores) *Teorías del nacionalismo*, Paidós, Barcelona, 1993, 255-309 p.
- Diario de las Discusiones y Actas de las Cortes*, Imprenta Real, Cádiz, 1811-1813.
- FLORESCANO, ENRIQUE, "Un conflicto de hoy y del futuro: las relaciones entre las etnias, el estado y la nación en México" en Labastida, Julio y Camou, Antonio (coordinadores), *Globalización, identidad y democracia*, Siglo XXI, México, 2001, 394-405 p.
- GAMIO, MANUEL, *Arqueología e indigenismo*, Secretaría de Educación Pública, México, 1972.
- GAMIO, MANUEL, *Consideraciones sobre el problema indígena*, Instituto Indigenista Interamericano, México, 1966.
- GAMIO, MANUEL, *Forjando patria*, Porrúa, México, 1982.
- GELLNER, ERNEST, *Naciones y nacionalismo*, Alianza Editorial, México, 1983.
- GELLNER, ERNEST, *Nationalism*, New York University Press, Nueva York, 1997.
- GELLNER, ERNEST, *Thought and Change*, Weidenfeld and Nicolson, London, 1964.
- GIMÉNEZ, GILBERTO, "Identidades étnicas. Estado de la cuestión" In Reina, Leticia (coordinadora), *Los retos de la etnicidad en los Estados-nación*, CIESAS, México, 2000, 45-70 p.
- GOULD, CAROL, *Rethinking Democracy. Freedom and social cooperation in Politics, Economy, and Society*, Cambridge University Press, Estados Unidos de América, 1988.
- GUIBERNAU, MONTSERRAT, "El futuro del nacionalismo de las naciones sin Estado" en *Revista Mexicana de Sociología*, LX, 1, 1998, pp. 115-131.
- HAYES, CARLTON, *Nationalism: a Religion*, Mcmillan, Nueva York, 1960.
- HEATER, DEREK, *Citizenship. The civic ideal in world history. Politics and education*, Logman, Londres, 1990.
- HELD, DAVID, "Democracy, the Nation-State and the Global System" en Held, D. Editor, *Political Theory Today*, Stanford, Stanford University Press, California, 1991, 197-235 p.

- HELD, DAVID; MCGREW, ANTHONY; Goldblatt, David; Perraton, Jonathan, *Global Transformations*, California, Stanford University Press, Stanford, 1999.
- HOBBSBAWM, E., *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Editorial Crítica, Barcelona, 1991.
- HOLMES, STEPHEN "Tocqueville and democracy" en Copp, David, Hampton, Jean y Roemer, John, editores, *The Idea of Democracy*, Cambridge University Press, Nueva York, 1993.
- HUNTINGTON, SAMUEL, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Simon Schuster, New York, 1996.
- JAFFRELOT, CHRISTOPHE, "Los modelos explicativos del origen de las naciones y del nacionalismo" en Delannoi, Pierre y Taguieff, Pierre (Editores), *Teorías del nacionalismo*, Paidós, Barcelona, 1993, 203-254 p.
- JANOWSKY, OSCAR, *Nationalities and National Minorities*, Macmillan, New York, 1945.
- KOHL, PHILIP L., "Nationalism and Archeology: on the constructions of Nations and the Reconstructions of the Remote Past" en *Annual Revue of Anthropology*, vol. 27, 1998, pp. 223-246.
- KOHN, HANS, *Historia del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1944.
- KYMLICKA, WILL, "Nacionalismo minoritario dentro de las democracias liberales" en García, Soledad y Lukes, Steven (compiladores), *Ciudadanía: justicia social, identidad y participación*, Siglo Veintiuno, Madrid, 1999.
- KYMLICKA, WILL, "Three Forms of Group-Differentiated Citizenship in Canada" en *Democracy and Difference*, edición de Seyla Benhabib, Princeton University Press, New Jersey, 1996, 153-170 p.
- KYMLICKA, WILL, *Finding Our Way. Rethinking Ethnocultural Relations in Canada*, Oxford University Press, Ontario, 1998.
- KYMLICKA, WILL, *Multicultural Citizenship*, Oxford University Press, Nueva York, 1995.
- LERNER, NATÁN, *Minorías y grupos en el derecho internacional. Derechos y discriminación*, Comisión Nacional de Derechos Humanos, México, 1991.
- MIER, SERVANDO TERESA DE, "Sermón de Guadalupe", en *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México*, Inprenta de José María Sandoval, México, 1874, 5-132 p.
- MIER, SERVANDO TERESA DE, *Apología de Don Servando Teresa de Mier y relación de lo que le sucedió en Europa, escritas por el mismo en la Inquisición de México*, Gobierno del Estado de Nuevo León, Nuevo León, 1946, 2 Tomos.
- MINAHAN, JAMES, *Nations Without States*, Greenwood Press, Estados Unidos de América, 1996.
- MISCEVIC, NENAD, "The (Im)morality of Nationalism" en Miscevic, editor, *Nationalism and Ethnic Conflict*, 2000, 1-22 p.
- MODOOD, TARIQ Y WERBNER, PNINA, editores, *The Politics of Multiculturalism in the New Europe : Racism, Identity and Community*, Inglaterra Zed Books Publication, Londres, 1997.
- MONTES BERNÁRDEZ, RICARDO, *Falsificaciones arqueológicas en España*, Málaga, Algazara, España, 1993.
- Nationalism, Identity and Minority Rights. Conference Abstracts* University of Bristol, Bristol, 1999, 146 p.

- NODIA, GHIA. 1992. "Nationalism and Democracy" en *Journal of Democracy*, volumen 3, número 4, octubre, pp. 3-21.
- OHMAE, KENICHI, *The End of the Nation State*, Free Press Paperbacks, Nueva York, 1995.
- OOMMEN, T.K, *Citizenship, Nationality and Ethnicity*, Cambridge: Polity Press, Reino Unido, 1997.
- ORTIZ, JUAN, "Dos relaciones histórico-geográficas de Félix María Calleja", ponencia presentada en el Seminario sobre Guerra de Independencia, Instituto Mora, México, noviembre 25, 1996.
- PAZ, OCTAVIO, *El laberinto de la soledad*, Cultura, México, 1950.
- PAZ, OCTAVIO, *Puertas al campo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1966.
- RENAN, ERNEST, *¿Qué es una nación?*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.
- ROCKER, RUDOLF, *Nacionalismo y cultura*, Reconstruir, Buenos Aires, 1977.
- RODRIG, DANI, *Has Globalization gone too far*, Institute for International Economics, Washington, D.C., 1997.
- ROSENFELD, MICHEL. 1997. "A Pluralism Look at Liberalism, Nationalism and Democracy", en *Constellations*, vol. 3, núm. 3, pp. 326-339.
- SEPÚLVEDA, ISIDRO, "Fundamentos ideológicos del nacionalismo español", en *Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas*, Algazara, 149-178, Málaga, 1998.
- SEYMOUR, MICHEL, "On redefining the Nation" en Miscovic, editor, *Nationalism and Ethnic Conflict*, 2000, 25-55 p.
- SHAPIRO, IAN. 1997. "Group Aspirations and Democratic Politics" en *Constellations*, vol. 3, núm. 3, pp. 315-325.
- SMITH, ANTHONY, "Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos" en *Revista Mexicana de Sociología*, LX, 1, 1998, pp. 61-80.
- SMITH, ANTHONY, *Nations and Nationalism in a Global Era*, Polity Press, Cornwall, 1995.
- SMITH, ANTHONY, *The Nation in History. Historiographical Debates about Ethnicity and Nationalism*, University Press of New England, Hanover, 2000.
- SMITH, ANTHONY, *Theories of Nationalism*, Holmes & Meier Publishers, New York, 1983.
- SOUTHALL, AIDAN, "Stateless Society" en *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Macmillan/Free Press, Estados Unidos de América, 1966, Vol. 15, 157-167 p.
- TAYLOR, CHARLES, "Identidad y reconocimiento" en *Revista Internacional de Filosofía Política*, mayo de 1996, pp. 10-19.
- TAYLOR, CHARLES, "La política del reconocimiento" en Charles Taylor, et. al., *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.
- TAYLOR, CHARLES, "Why democracy Needs Patriotism?" en Joshua Cohen (editor), *For Love of Country. Debating the Limits of Patriotism*, Beacon Press, Boston, 1997, 119-121 p.
- TIERNEY, STEPHEN (editor), *Accommodating National Identity. New Approaches in International and Domestic Law*, Kluwer Law, Gran Bretaña, 2000.

VIZCAÍNO, FERNANDO, "Estado Multinacional" en *Léxico de la política*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000, 228-231 p.

VIZCAÍNO, FERNANDO, "Los cambios recientes del nacionalismo en México" en Raúl Béjar y Héctor Rosales (editores), *La identidad nacional*, siglo XXI, México, 2002.

VIZCAÍNO, FERNANDO, "El nacionalismo y la nueva relación del Estado y la sociedad con los pueblos indígenas", *Revista Mexicana de Sociología*, LX, 1, 1988, pp. 169-185.

Fernando Vizcaíno

Profesor Titular

Departamento de Sociología

vizcaino@servidor.unam.mx